

***La resta* Alia Trabucco Zerán. 2015, Santiago de Chile: Tajarar Editores 220 Págs.**

La ficción deviene memoria e historia en *La resta* de Alia Trabucco Zerán (Santiago de Chile, 1983), quien forma parte de aquella generación que es portadora de una posmemoria en encuentro y construcción, que se evidencia desde distintas áreas del arte, donde la literatura cobra especial relevancia como registro historiográfico. Se trata de enfrentarse al qué hacer con ese relato que inunda y traspasa, que hoy circula en los hijos y nietos de las víctimas de una dictadura chilena, que se evidencia y se sostiene aún, en ecos, en una economía y en rasgos que ni un Estado ni una ciudadanía han podido resolver, menos aún borrar (en el caso de que la historia pudiera ser despojada de toda memoria).

En *La resta* está presente un relato híbrido entre testigo y protagonista, un relato que insiste en la orfandad, simbólica o real, parental o estatal, de infancias, y sobre todo silencios que completan aquellos intersticios desconocidos de las historias de los padres, y también de sus nombres falsos, usados para ocultarse de la persecución política. Iquela y Felipe son los protagonistas y narradores, a través de ellos conocemos a otros personajes en los once capítulos en que se intercalan sus voces y que, enumerados de manera descendente, abren la puerta a la revisión de la historia a través de fragmentos, a través de la herida. La presencia de esta posmemoria se completa con Paloma. Los tres son hijos de miembros de la resistencia a la dictadura de Pinochet. La única sobreviviente es Consuelo, madre de Iquela, una figura que no termina de acomodarles, y a través de ella van tejiendo la historia de sus padres; la historia reciente de un país. Paloma es hija de exiliados que lograron asilarse en Alemania, de quien conocemos guiños y elucubraciones que nos van aportando Iquela y Felipe, y es quien otorga también esa mirada del extranjero, del que se fue, del exiliado, con cierta burla y reproche de Iquela y Felipe, por la extranjería, la lengua, la pronunciación de Paloma, todo aquello que los separa culturalmente y no tener un pasado común más que el de sus padres. Paloma pone en conflicto también a los personajes, particularmente, por aquella relación discursiva entre quienes se fueron y los que se quedaron, el (no) lugar donde entra en conflicto la resistencia, el enfrentarse de manera distinta a la dictadura, a las dictaduras podríamos concluir.

Felipe es huérfano, creció entre la casa de su abuela y la de Consuelo, la orfanidad es su punto de fuga, su conciencia y dislocación. La habita, la asume desde una posición de víctima sin querer verse víctima habitando un lugar donde sólo existe la pérdida. Con Iquela se prometieron un vínculo familiar, una manera de superar el abandono, como un modo de no pertenecer a sus padres, quizás escapando de la historia que los superaba y de la que tendrían que hacerse cargo. Felipe Arrabal es su nombre, y es también el nombre de su padre, el nombre que lo deja en una posición ambigua en la historia. Felipe Arrabal es un detenido desaparecido de la dictadura, presuntamente muerto, que no hace más que ser la presencia de la muerte sobre él, que lo hace transitar ese punto intermedio donde ve muertos como simbolismo de desencanto, el no lugar y la carencia de expectativas. A Felipe le obsesiona saber la cantidad exacta de personas que mueren, la muerte es esencial, lleva cuentas propias y encuentra muertos, ve muertos, muertos en vida, los resta, cuestiona la realidad y las relaciones desde esta posición de transición en que habita ambos lugares, la vida y la muerte. Es él el desaparecido, él carece de vínculo y motivación, es una voz, una verborrea que procura mantener el control, una hipomanía se desprende de este personaje que se acorrala hasta el vacío.

A este personaje lo contrasta la voz diametralmente opuesta, melancólica y perpleja de Iquela, quien se encuentra disociada entre las voces que le recuerdan que ya no es una niña, y atraviesan su conciencia frases de la madre y observaciones sobre el pasado con Felipe. Habita ese pasado como si la memoria quedara en la genética, enfrentándose a su propia historia, como si el único tiempo fuera un todo donde se encuentran suspendidos los acontecimientos, para ir tomándolos para avanzar hacia su único patrimonio reconocible: la infancia.

Consuelo, la madre, es quien administra la memoria superior a todos, la sobreviviente, quien relata como un regalo o una bomba desactivada. Consuelo, la voz de los padres, de la dictadura, la lucha, la salida, las hazañas, el dolor, cierta nostalgia, que le hereda a Iquela, en conflicto con la figura materna, con la figura histórica, y la ineludible carga genética que también la desafía.

Todo comienza en la noche del plebiscito de 1988 en Chile, día decisivo para abrir las puertas a una vía democrática, pero no había certeza de que Pinochet aceptaría la derrota. Iquela sitúa esa noche como el término de una etapa de su

infancia, cuando su madre requirió de ella que fuera grande, asignándole un rol: cuidar la puerta y comprobar si el dedo de quienes llegaban estaba manchado con tinta, prueba fehaciente de haber votado. “Yo no elegí guardar este recuerdo. Fue un cinco de octubre de 1988, pero no fui yo, sino mi madre, quien decidió que esa noche no la olvidaría” (Trabucco 2015: 16). Esa noche Iquela conoce a Paloma, hija de Ingrid, nacida en el exilio. Ingrid y Consuelo, integrantes de la resistencia reunidas después de años, y Paloma como lo nuevo y ajeno que se presenta, y a la vez como si vinieran unidas desde tiempos remotos. En Iquela todo es fragmento, la imagen de la madre es omnipresente, pero también representa una orfandad generacional, donde la biografía de la madre es “una voz heredada pero no por eso menos mía” (212).

Consuelo se entera de la muerte de Ingrid en Alemania, recibe una llamada de Paloma diciéndole que ha hecho los arreglos para repatriar los restos a Chile, como fue la voluntad de su madre. Paloma no pudo viajar en el mismo avión en que iba el ataúd, como si la historia de Ingrid se le adelantara y no pudiera alcanzarla. Una lluvia de cenizas cubre repentinamente Santiago, fenómeno inexplicable y recurso simbólico de acabo de mundo, e impide el aterrizaje del avión, que es desviado hacia Mendoza. Al otro lado de la omnipresente cordillera de Los Andes, que también forma parte del impedimento presente en el relato de Trabucco.

Iquela y Paloma se reencuentran y, tras un breve reconocimiento y conversaciones, se proponen recuperar el cuerpo de Ingrid y llevarla a Santiago en auto, su destino final. Al viaje, no exento de dificultades, se suma Felipe. Para Iquela la oportunidad representa un escape de su madre que insiste en el protagonismo de la historia de la repatriación de Ingrid, que ahora es de ellos, el traslado de Ingrid, las conversaciones que escarban la memoria, restar. Iquela no quiere que Consuelo sea parte del retorno de Ingrid porque representa también una búsqueda, ella va por su madre en ese viaje, por los amigos de su madre, para devolvérselos como una ofrenda, para abrir el perdón desde la infancia dañada y huérfana, “Y la abrazaría (su piel tan cerca de sus huesos y sus huesos tan cerca de los míos), y sólo entonces, al interior del perfecto paréntesis que formarían nuestros cuerpos al juntarse, le diría finalmente: madre, esto lo hago por ti” (212).

Arrendaron una carroza fúnebre para cruzar la cordillera, al otro lado no caen

cenizas. Hay un Chile que persiste y se reconoce en el relato. El viaje se convierte en instancia inevitable de nostalgia, unión de fragmentos e introspección. Iquela y Felipe revisan su niñez con una mirada indolente, como si a punta de haberla revivido tantas veces, se hubiera convertido sólo en voces, flashes, fuegos, hielos. Paloma es otro viaje, migrancia, el exilio, el no saber / no querer regresar, el retorno funcional, la visión parcial o distinta de los hechos, e incluso el despojo al no poseer una voz propia en el relato, su extraterritorialidad la deja fuera de las voces protagonistas, de ella sabemos de soslayo, no hay infancia desde ella, incluso pudiendo ser la protagonista, son Iquela y Felipe quienes demarcan el territorio narrativo.

Nos encontramos además con un Chile telúrico, un Chile de desastres naturales, aquello que no podemos prever ni controlar, las cenizas como acontecer inevitable e irresoluto que se mezcla con la historia, que es la ambientación gris, lenta y tediosa, que da cuenta de lo que acarrearán sus biografías, aquella oscuridad, sumada a la montaña, aquella oscuridad que obliga a buscar la luz, a superar las cenizas, a ir por un cuerpo, sin que nada trascienda con estupor, sin conciencia de la importancia histórica ni juicio de valor, tal cual la(s) infancia(s), los fenómenos suceden simplemente, “nacimos con el lóbulo de la sorpresa extirpados nosotros, si ni las cenizas nos sorprenden” (Trabucco 2015:145).

En Argentina no hay cenizas. Una vez fuera de la oscuridad, comienza la búsqueda de Ingrid, intentan por el lado institucional, pero el azar resulta más efectivo y Felipe consigue el dato de donde podría estar el ataúd. Van a una bodega ubicada en el aeropuerto y se encuentran con decenas de tumbas sin destino, etiquetadas con inscripciones de nombres y años, detenidas, retenidas. Todas con destino Chile. Cuerpos de los que queda una etiqueta, cuerpos sin reclamar, cuerpos que se buscan de manera equívoca repitiendo un nombre, cuerpos que no terminan el viaje, en tránsito, perdidos en una parte de la dictadura que los había sobrepasado históricamente, que los sobrevolaba como una broma macabra que alguien olvidó mencionar. Tras la sorpresa y en aquel ejercicio meticuloso de reconocimiento de ataúdes, buscando en las etiquetas como piezas de un puzzle sin acabar, parecía un milagro haber encontrado el ataúd de Ingrid; vino también el silencio, un silencio que crece adentro como una cordillera, la memoria ya no sucede sólo en la mente ni en la lengua, también venía cierto alivio por encontrar lo que se cree propio,

incluso dejando cuerpos en tránsito, a pesar de que fuera un cuerpo que ya no guardaba nada. Tres dictaduras se evidencian en el silencio, la posmemoria y reclaman su posición desde la infancia.

Ivonne Coñuecar
Universidad Nacional de Rosario
Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura
(Chilena)